



Discurso de Orden

pronunciado en la Velada de Honor con que
el Ejecutivo Federal celebró en el Teatro
Municipal el Centenario de la
Batalla de Boyacá.

7 DE AGOSTO DE 1919

Litografía del Comercio
Caracas

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA
BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS
CANJE

Señores Ministros del Despacho. Señor Ministro de Colombia. Damas y caballeros.

Breves, y sin brillo y novedad, serán mis palabras, pues, aparte las deficiencias del orador, el tema ha sido ya anteriormente, y hoy mismo, ampliamente tratado por meritísimos hombres de letras; y al aceptar el honroso encargo, he confiado en que habrán de ampararme la magnificencia del asunto y vuestro entusiasmo patriótico por los hechos legendarios de nuestra historia, que parecen tener los contornos de la fábula, y resuenan en nuestros oídos como el eco lejano de marchas triunfales.

El Gobierno de la República, al conmemorar esta fecha centenaria, cumple no sólo un deber de justicia y gratitud, en nombre de la Patria, hacia los héroes fundadores de nuestra nacionalidad, sino que reafirma, de modo expresivo, la sagrada vinculación histórica entre los pueblos de Venezuela y la antigua Nueva Granada, vinculación na-

cida en los días genésicos de la Conquista y la Colonia, formulada luego por Miranda y los Próceres de 1810, esbozada en la breve y gloriosa campaña de 1813, y sellada por fin, con la sangre de venezolanos y granadinos, en el campo inmortal de Boyacá.

Pueblo que venera y exalta la memoria de sus hombres ilustres, exhibe un alto nivel moral, porque rinde culto a las virtudes y excelencias que en ellos resplandecieran. La tradición es, además, prenda de solidaridad entre las generaciones que se suceden, y forma al cabo el signo característico, así de las familias como de las colectividades. Y si se trata de los fundadores de la Patria, aquel deber sube de punto, porque ellos simbolizan el esfuerzo supremo y creador, la grandeza de un propósito inmortal, la vitalidad de una generación, lanzada en un reto glorioso de heroísmo y sacrificio, para condensarse en el ideal de una patria libre y dilatarse en la sucesión de los tiempos.

Y en esa escala de sobrehumanos esfuerzos de los Padres de la Patria, Boyacá es cumbre, mejor diré, es la cumbre de donde desciende la libertad de las Repúblicas Bolivarianas, y, hasta cierto punto, la del resto de la América. Boyacá es una batalla de relieve continental, porque significa la ruptura del núcleo que ligaba el norte con el sur de la América meridional.

Su grandeza ¿estará acaso en la audacia incomparable de la empresa de tramontar los Andes, superior a las de Aníbal y Bonaparte al atravesar los Alpes, pues éstos disponían de elementos y recursos de todo género de que Bolívar carecía? ¿O en los hechos pasmosos, precursores del épico desenlace, como el asalto de Paya, o el duelo fantástico de Pantano de Vargas, en que, a punto de perderse la acción, Bolívar, iluminado por la angustia, lanza el grito sublime de "*Rondón, salve usted la patria*", y desata el huracán de lanzas que decide la victoria? ¿O en la marcha de flanco hacia el risueño valle de Cerinza, para reforzar y avituallar su desmedrado ejército, y ver de obligar a su contendor a abandonar sus formidables posiciones? ¿O en la ocupación de Tunja, interponiéndose entre Barreiro y Sámano, concepción estratégica no inferior a las más brillantes de César y Napoleón? ¿O estará, finalmente, en los detalles mismos de la lucha heroica, cuando de frente y como llamas ondeantes, las banderas de oro y púrpura de los aguerridos tercios españoles y el iris deslumbrante de los patriotas, Bolívar detiene a Barreiro en el famoso Puente, y lo fuerza al combate, fulminándolo, pulverizándolo, con la espada del bravo Anzoátegui, las lanzas del Alto Llano, la serenidad estoica de los hijos de Albión, y el empuje de Santander, mientras el sol descendía piadosa-

mente, como presagiando la declinación del poder español en América?

Decisiva en verdad fué la victoria. Casi todo el ejército español con sus jefes, cayó prisionero; el Virrey huyó de Bogotá, y la libertad de la Nueva Granada quedaba asegurada. Y, como muy bien dice Baralt, en ninguna de las muchas campañas que en su larga y gloriosa carrera militar concibió y ejecutó Bolívar, probó más previsión, más ingenio, mayor audacia, y una tan consumada pericia en el arte difícil de la guerra.

Pero la verdadera significación de la histórica batalla, está, señores, en sus trascendentales consecuencias. Desde ese momento, la autoridad de Bolívar quedaba incontestablemente establecida, es decir, afirmada la unidad de mando, indispensable a las operaciones militares, y eliminadas por consiguiente, las veleidades de los gloriosos Jefes orientales, y las esporádicas rebeldías de Páez, el indómito centauro de los Llanos; realizada la unión de Nueva Granada y Venezuela, consagrada bajo el nombre de República de Colombia, por el Congreso de Angostura, vale decir, creados el organismo interno y la personalidad jurídica internacional de la Patria; levantado, desde Angostura y los Llanos hasta Bogotá, el muro de acero que al avanzar hacia el norte aniquilará en Carabobo los restos del poderoso ejército del Pacifica-

dor Morillo; iniciada la campaña del sur, que habrá de culminar en Ayacucho con la liberación definitiva de la América y la gloria inmarcesible de las armas colombianas; y, por último, delineado el plan de unión americana, al despacharse los comisionados al Perú, Chile, las Provincias del Plata y México, para echar las bases del futuro Congreso de Panamá. Tal fué en síntesis, señores, el resultado inmediato de la victoria. Sin ella, todos esos magnos propósitos habrían sido de imposible, o cuando menos, de difícil realización.

Al enaltecer a Boyacá, señores, Venezuela enaltece sus propias glorias, encarnadas en su Hijo Ilustre el Libertador. El es un símbolo. Al honrarlo, honramos a todos los héroes y colaboradores de la magna empresa de la Independencia Nacional, pues él sintetiza los aislados, dispersos, y muchas veces desconocidos, esfuerzos de cuantos en algún modo concurren a llevarla a término, desde Miranda, Gual, España, y los próceres de 1810 y 1811, hasta los que bajo su inspiración combatieron, triunfaron, legislaron, en el territorio de la patria, o fueron a libertar pueblos y crear naciones en las riberas del Pacífico y en la cúspide de Los Andes, o cayeron, multitud anónima, en gesto supremo de abnegación, en los campos de batalla, para poner con sus huesos ignorados, los fundamentos de la soñada República.

El es Venezuela. Desde Boyacá en que el barcelonés Anzoátegui domina con sus ímpetus la suerte de las armas, hasta Ayacucho, en que el cumanés Antonio José de Sucre fija la libertad del continente, el nombre de Bolívar señala una ruta de victorias, en que resuenan nombres que son orgullo y prez de la patria venezolana.

La posteridad ha honrado la memoria de aquellos preclaros varones, ora en la perpetuidad del mármol o del bronce, ora por el pincel de celebrados artistas, o el canto de sus bardos o la pluma de sus escritores, o, como acabamos de verlo, con las flores de nuestros campos, helénica ofrenda de admiración y de cariño, llevada al ara de los dioses por manos virginales, más puras y fragantes que los albos lirios y las purpúreas rosas del Avila. Bien está, porque es el culto de un pueblo agradecido que no olvida el beneficio y se estimula con el recuerdo de aquellas hazañas y virtudes que son blasón de nuestra nacionalidad.

Señores:

Al cabo de un siglo de vida independiente, el más digno y más grato testimonio que podríamos presentarles, sería la paz, el progreso moral, intelectual y material, y la consolidación de la soberanía de la patria, que fueron el objetivo de sus desvelos y sacrificios.

Largo y penoso ha sido el trayecto recorrido. La República destruyó los vicios del antiguo régimen colonial, con su división de castas, sus absurdos sistemas económicos, y sus prejuicios de todo género. Las sucesivas generaciones han dejado la huella de fecundas rectificaciones, como la igualdad legal de las clases, la abolición de la esclavitud, la eliminación de las primitivas trabas fiscales y económicas, y realizado en silenciosa labor, la fusión de las razas que, junto con el prestigio de las tradiciones y la uniformidad de las tendencias, da a nuestro país los lineamientos indestructibles del alma nacional.

Sin embargo, en todo ese período, ¿cuántos dolores no han azotado a Venezuela? Disuelta la Gran Colombia, y distribuidos sus despojos entre los Tenientes del Héroe, como el imperio de Oriente entre los sucesores de Alejandro, la inquietud y la anarquía se apoderaron de los ánimos, y por largo tiempo se ha vivido en una labor suicida. Se ha derramado la sangre, se ha destruido la riqueza, se difundieron el terror, la angustia, el delito y la miseria, en cruentas luchas civiles, por vanas abstracciones verbales como en las épocas de la decadencia bizantina, o por ambiciones personales, como en las convulsiones de las Repúblicas Italianas. Ha sido el trágico festín de los Atridas, en que la patria agonizante ha visto caer la flor de

sus hijos, empobrecidos los campos, amenazada su existencia, tempestuosos los días y ennegrecido el horizonte.

Pero en los pueblos de poderosa vitalidad moral esos mismos factores disolventes son elementos de sana reacción, por el estímulo que generan sus funestos resultados. Cuando ese instante llega en la lenta y azarosa evolución de los pueblos, aparece el hombre representativo del momento histórico; con el instinto del orden, de la previsión, de la sensatez, con el espíritu práctico que rompe los viejos moldes metafísicos, y busca en la paz, en el trabajo, en el bienestar material, y en un intenso amor a la patria, la solución legítima de los problemas sociales y la grandeza de la República.

Tal ha acontecido en Venezuela con el señor General Juan Vicente Gómez, bajo cuya experta dirección se han restañado las viejas heridas, robustecido el organismo nacional, moral y materialmente, desviado el espíritu público hacia fines más positivos y útiles, desarrollado la riqueza, resuelto toda dificultad de carácter externo, y, con el concurso espontáneo de los intereses y de las voluntades patriotas, fundado esta paz incommovible, que es honor del presente, fianza del porvenir, y la mejor ofrenda que en este día memorable presentamos a los manes de los vencedores de Boyacá, que soñaron una patria libre, digna, fuerte y próspera.

